

esta isla es uniforme y parece á la vista como una vasta meseta bastante elevada. Su aspecto es agradable, y una vegetacion activa y lozana se estiende por todas partes, pues hasta las rocas de las orillas del mar estan revestidas de guirnaldas de follage, y el todo está coronado con árboles magestuosos y una faja de cocoteros. La mar se despliega con violencia sobre algunas pequeñas playas de arena que parecen á lo lejos como manchas al pie de unas murallas cortadas á pico que sostienen la meseta de la isla. Esta muralla estaba cortada de modo que nos hacia suponer que los prismas de basalto la constituian en gran parte. Descubrimos un gran número de habitantes en la orilla del mar atraidos por la vista de nuestro buque; estaban completamente desnudos, y solo algunos individuos parecian tener á la cintura una tela blanca. De todas las piraguas que botaron al mar dos solamente consiguieron atracar á bordo: estaban tripuladas por seis hombres de distintas edades que no manifestaron la menor inquietud á la vista de una tripulacion numerosa; cambiaron sus provisiones de armas que estaban trabajadas con el mayor esmero. Tenian hacecillos de flechas hechas de caña con puntas de madera muy dura, guarnecidas por la parte vulnerable con puntas de hueso ó madera. Sus arcos y macanas eran de madera encarnada con buenas esculturas y pintados de varios modos. El hierro era tambien para ellos la mercaderia mas preciosa, y no recibian jamás una hacha, á que daban el nombre de *niko*, sin dar grandes gritos para manifestar su alegría.

Los naturales de esta isla son unos papuas de mediana estatura, y que llegan cuando mas á cinco pies y tres ó cuatro pulgadas, y sus miembros son débiles y poco musculosos. La piel es de un color moreno subido con algo de amarillo; el cabello es largo, rizado,

y lo tenían enmarañado como los habitantes de Waigiú: sus facciones tenían cierta dulzura y la nariz no tenía nada de chata. Toda su vestimenta se reducía á una cuerda que les daba algunas vueltas á la cintura. Observamos que el sistema piloso era abundantísimo y que tenían el prepucio desmesuradamente prolongado.

En la proa de una de aquellas embarcaciones estaba subido un jóven embadurnado con unos polvos encarnados espesos, y llevaba en la frente una faja ancha blanca redonda. Este petimetre parecia envanecerse con su adorno realzado con dos mechones de plumas encarnadas metidas en los agujeros de las orejas, y flores del mismo color en el pelo. Otro tenía la cabeza cubierta de ocre desleido en aceite. Todos tenían cicatrices de realce colocadas simétricamente en el hombro formando eminencias piramidales; en la muñeca izquierda tenían un brazaletes de corteza. Uno solo tenía pendiente del labio inferior una concha que le cubria la barba, como acostumbrañ los habitantes de la costa Noroeste de América. Sus peines semejantes á los que usan los habitantes de Waigiú tenían tambien adornos de nacar: en fin todos estaban provistos de betel, cuyo uso les ha cariado los dientes y les ha teñido de rojo color de sangre las encias, la lengua y los labios.

3. HABITANTES DE LA NUEVA GUINEA.

Dampier, Schouten y Forest, son los únicos navegantes que han dado algunos pormenores sobre la Nueva Guinea; pero son tan incompletos y tan distantes de los conocimientos actuales, que se nos agradecerá que presentemos un cuadro de esta vasta comarca de que no hemos explorado mas que un solo punto.

El 26 de julio de 1824 llegamos al abra de Dorery, donde estuvimos hasta el 9 del mes siguiente. Forest escribe Doory el nombre de esta abra; pero los naturales lo pronuncian Dorey, y á veces y mas imperfectamente Dorery. Aquel fondeadero tomaba su denominacion de un lugar de papuas antiguamente poblado y en la actualidad abandonado: ocupa la estremidad Noroeste de un golfo pequeño, cuya entrada protegen dos islotes llamados *Manaspari* ó *Manasuari* y *Masmapi* ó *Masmati*. Aquella abra cuyo fondeadero es seguro y cómodo, demora por cero grados, cincuenta y un minutos cuarenta y nueve segundos de latitud Sur, y ciento treinta y un grados, cuarenta y cuatro minutos cincuenta y nueve segundos de longitud oriental sobre la costa E de la gran tierra de los Papuas y al Norte del golfo del Geelwing, que por su profundidad concurre con una bahía opuesta á transformar la Nueva Guinea en dos penínsulas que reune un istmo estrecho.

Las orillas del abra de Dorery estan en parte cubiertas con un limo espeso donde crecen enormes nopales, y por donde corren muchos rios cristalinos en los que el agua del mar penetra hasta muy lejos; al Este se presenta una pequeña playa de arena en donde algunos habitantes habian construido antiguamente dos ó tres cabañas á que dieron el nombre de *inekamorei*. Los naturales llaman *mamorysuary* lo que los europeos conocen con el nombre de *abra de Dorey*, y *Fanedike* el ancon sobre cuya orilla estaba la antigua poblacion de Dorery. La costa, en esta parte de la Nueva Guinea, está completamente formada de masas de corales cubiertos con una capa gruesa de tierra como de mantillo que mantiene una vegetacion magnífica: el espesor de esta zona del suelo varia en estension y en altura por las considerables divisiones que ha sufrido y que la han despedazado de suerte

que la han estendido en la mar á manera de promontorios, ó la han cortado interiormente por mil canales estrechos que forman ancones ó abras de diferentes estensiones. No lejos del puerto de Dorery empieza á elevarse el terreno de la Nueva Guinea, y pronto aparece al Oeste la cadena considerable de las montañas de Arfack. Esta cadena corre de Norte a Sur y va bajando insensiblemente hácia el golfo de Geelwing y concluye por el Norte en el cabo de Buena Esperanza. El punto culminante de las montañas de Arfack parece que está á algunas leguas en el Sudoeste del abra de Dorery, y la punta mas elevada no tiene mas que dos mil novecientos y un metros segun la triangulacion calculada por Mr. Berard.

Por la forma redonda y suavemente undulada de las montañas de Arfack, aunque algunos repentinos cortes interrumpen la uniformidad de la cadena, se debe suponer que el osuario pertenece al terreno primitivo, y está formado de granito. No se puede dudar en efecto por la abundancia de guijarros de naturaleza granítica de que están llenos los cauces de los torrentes y que sin duda han sido acarreados por las aguas que bajan de la cadena de aquellas montañas. Sobre el terreno primordial se ha colocado un suelo terciario recién salido del seno de las aguas, y que consiste principalmente en despojos madreporicos solidificados por un mortero calcáreo: de manera que esta parte de la Nueva Guinea, análoga bajo este concepto á las orillas de la Nueva Irlanda y de las Molucas, prueba lo que hemos dicho en las consideraciones generales sobre las islas de la Occania.

Al fondo del agua de Dorery se descubren las embocaduras de muchos rios pequeños, cuyos cauces parecen abiertos por los torrentes. La mar penetra por ellos hasta muy adentro; pero durante nuestra mansion estaban casi secos, y apenas corria un hilo de

agua que se estiende por la arena de la orilla y pasa sin apercibirse. Pero cuando en el invierno están alimentados aquellos barrancos por las lluvias, corren impetuosamente las aguas de orilla á orilla, si se ha de juzgar por los troncos enormes de los árboles arrancados que están caídos en sus cauces, por las piedras amontonadas, y en fin, por los obstáculos ó accidentes del suelo que han superado.

La isla de Manasuari ocupa la entrada de la bahía á tres millas al Sueste. Su superficie bastante uniforme está poblada de grandes árboles y plantíos. Un lugar poblado ocupa su parte boreal enfrente de Mas-mapi, donde algunos papuas pescadores han establecido tambien sus cabañas. Los arrecifes que circuyen aquellos islotes son masas desorganizadas, de manera que sus puntas sumergidas son las únicas que presentan los políperos vivos, pero aun así en tal estado de languidez que se debe pensar naturalmente que la mezcla perpetua de las aguas dulces con las saladas perjudica singularmente á su existencia y los destruye, por ejemplo, en ciertos años en que las lluvias abundan mas que de ordinario.

La vegetacion mas lozana cubre aquel punto del globo; es tal cual debe esperarse bajo el ecuador en la Nueva Guinea, esto es, grande, magestuosa é imponente. La superficie del suelo no presenta mas que un bosque interminable donde se hallan los mas de los vegetales de las Molucas, y cuyos árboles inmensos por la circunferencia de sus troncos y la altura de sus guías, tienen hasta ciento y cincuenta pies de elevacion. En aquellos profundos bosques no crecen las plantas humildes: las plantas se revisten con preferencia formas robustas y leñosas; las enredaderas serpean y se enlazan hasta las mas altas ramas, y caen uniendo su verdor á el de los grandes árboles que las sustentan. La fecundidad de una tierra constantemen-

te humedecida por abundantes vapores y por las lluvias de seis meses, vivificada por calores, tanto mas fuertes cuanto que el sol no se aparta de ella jamás, es prodigiosa; así es que el viajero experimenta una sorpresa que no tiene nada de análoga con la que imprime en el alma, la vista de los magníficos monumentos de los hombres, y no puede cansarse de admirar aquellos bosques vírgenes mezclados con las tintas verdes mas variadas, donde resaltan las flores mas grandes y raras, los frutos mas singulares, y aquella mezcla de árboles ó palmeras que sostienen adornos estraños hasta tal punto, que sus hojas desaparecen debajo de los festones que las cubren del modo mas agreste. A las gigantescas mimosas se unen yaroideas de hojas grandes, orquideas, y particularmente epidendros parasitos. Arecas, bambúes, helechos, árboles, lataneros, árboles de nuez moscada, espon-dias, etc. etc. son las especies mas comunes en aquellos bosques.

Todos los dias experimentábamos el mayor placer en estraviarnos por las inmediaciones del abra de Dorery; los senderos trazados por los cuadrúpedos nos permitian avanzar bastante adentro en lo interior. Estábamos seguros de encontrar á cada paso una infinita variedad de animales que alli viven en paz, porque la índole papua no les hace una guerra *tenaz*. En aquellas profundidades, desde donde apenas puede descubrirse el cielo, es indispensable para penetrar con seguridad, proveerse de una brújula portátil, sin la cual se corre gran riesgo de no volver al parage de donde se salió, y de andar perdido por los bosques. Una planta leguminosa erizada de espinas entorpece sobre manera la marcha del explorador, y lo que tambien contribuye son los enormes troncos caídos por efecto de la vejez, y que devolviendó lentamente á la tierra los principios de vida que de ella recibieron,

están ya sepultados por los numerosos renuevos que brotan por todas partes, y que deben reemplazarlos.

Mientras estuvimos en la Nueva Guinea fueron terribles los calores, y se hacían sentir tanto más cruelmente cuanto menos refrescaba el aire. Las ligeras brisas del Este, no soplaban más que por las mañanas y las tardes; pero en medio del día reinaba una calma tan completa en la atmósfera, que ni la más ligera hoja se mecía en los árboles. Una vez tan sola y como por excepción, sentimos algunas brisas frescas del Oeste á cortos intervalos, impelían algunas nubes que descargaron aguaceros. Observamos que todos los días por la mañana se veían perfectamente las crestas de las montañas de Arfaek; mas pasados aquellos momentos se agrupaban las nubes en su tercio superior y formaban hasta la noche un velo vaporoso. El termómetro á la sombra y hora del mediodía subió hasta treinta y dos centígrados, y la temperatura del agua á la misma hora, jamás bajó de veinte y nueve á treinta.

Las producciones útiles para el hombre que el reino vegetal puede suministrar espontáneamente en la Nueva Guinea, son infinitas y variadas, pero abandonadas completamente por los naturales. Con todo, en tiempos remotos de que no tenemos más que vagas noticias, en aquella época en que los pueblos orientales no habían visto cercenarse su poder en aquellos mares por el de los europeos, parece que los chinos y los malayos tenían relaciones mercantiles con los papuas. En el primer lugar de las substancias útiles no se puede dejar de citar el árbol del sagú. Esta palma que abunda mucho en las Molucas, es el don más precioso que la naturaleza ha hecho á los habitantes de la Polinesia. Su tronco contiene una abundante fécula que ellos convierten en panes aplastados y cuadrados de un sabor agradable y de una calidad muy nutriti-

va. Los cocoteros escasean mucho en las orillas del abra de Dorery; pero en cambio se encuentra con abundancia la col caribe, la caña dulce, las batatas, la calabaza, el maíz, el arroz encarnado, el árbol de pan con frutos semejantes á las castañas, la berengena y tres clases de plátanos. En ninguna parte habíamos encontrado antes dos variedades de este vegetal; una cuyo plátano tiene la cáscara de un hermoso color encarnado, y la otra cuyo fruto es muy pequeño, amarillo y de un sabor fundente exquisito. Uno de los grandes ramos del cultivo del país es el tabaco, y los naturales preparan provisiones de él para cambiar con los traficantes malayos ó con las tripulaciones de los buques europeos. También cultivan otras dos plantas farináceas que son una especie de judía pequeña llamada *aberu*, de una delicadeza y bondad que nos la hicieron apreciar como un excelente alimento, y una especie de guisante llamado *abrefore*, de que hacen provision. A estos primeros recursos hay que agregar los productos que sacan de las plantas que crecen espontáneamente en los bosques, como son los limoneros, los naranjos, los algodones, las spondias dulcis, el gengibre, los pimenteros, etc. El teka, varias clases de madera, de hierro y de ébano, serían preciosos para las construcciones navales y para las artes; pero los objetos que parece que son la base del comercio para cambio de los papuas con los chinos y malayos de Tidor, consisten en legumbres, pescados secos, conchas de tortuga, trepangs, aves del paraíso, resina de danmara, cera de abejas silvestres, ambar, y sobre todo corteza de masohi. Este último aroma, apetecido por los chinos, es producto de un árbol, cuyas hojas tienen la mayor analogía con las del árbol de la canela. También son muy comunes dos especies del nogal que da la moscada, y estaban cargados de nueces cuando nosotros estábamos. El fruto de la

especie silvestre es muy pequeño, sin olor aromático, de figura prolongada y puntiaguda: la otra por el contrario, es la verdadera nuez moscada redonda no modificada por el cultivo, sino completamente susceptible de adquirir el tamaño y perfume de la moscada cultivada en las posesiones holandesas de las Molucas. Con las hojas de un gran vacua hacen los habitantes los techos de sus cabañas, y los sombreros chinescos que usan para la cabeza. Las fibras de estas hojas son suaves, dulces y tenaces; de modo que sería muy fácil fabricar con ellas buenas cuerdas. Este vacua nos pareció nuevo; y seis vástagos arborescentes, perfectamente derechos é inermes, se coronan con un inmenso hacecillo de hojas que, examinadas aisladamente, tiene cada una tres pulgadas de ancho sobre diez, quince, y aun veinte pies de largo.

Los navegantes no podrán hallar en Dorery un puerto ventajoso de arribada, por que no podrán hacer provisiones mas que de algun ganado de cerda, una pequeña cantidad de pescado, carne de tortuga y marisco; mas parece que los corocoros malayos y los juncos chinescos van frecuentemente á visitarlos con la mira de surtirse de pieles de aves del paraíso, trepangs, loris vivos, conchas de tortuga, y particularmente esclavos. El precio de un jóven fuerte y robusto es de diez pesos, y el de una muger es de cerca de cincuenta brazas de tela de Guinea. Por un cuchiillo ó por un pedazo de hoja de lata daban los papuas á nuestros marineros una gran mazorca de tabaco suave, y casi completamente esento del olor nauseabundo que caracteriza al de Europa. Algunos habitantes nos dijeron que su pais producía en cantidad polvos de oro y perlas, de que sin embargo no nos presentaron jamás ningun fragmento.

En una arribada de tan corta duracion como la que hicimos en las costas de la Nueva Guinea, no tu-

vimos tiempo para estudiar la influencia del clima sobre la salud del hombre: sin embargo, si se puede juzgar por analogía de las afecciones que atacaron á nuestra tripulacion, estamos autorizados para juzgarlo enfermizo. El abra de Dorery por otra parte en razon al poco aire que circula en ella, por el limo fétido cubierto de nopales que la circuyen, debe verse asolado por las disenterias y el cólera morbo. Efectivamente, allí fué donde adquirimos el gérmen de aquellas enfermedades que amenazaban inspirar cuidado. Casi todos los habitantes presentaban á la vista llagas ó úlceras antiguas, provenientes de su desnudez, de sus combates renovados con frecuencia, y de las largas maceraciones que experimentan permaneciendo en el agua para sacar su alimento de los arrecifes cubiertos por la mar. En casi todos los naturales vimos cicatrices de flechazos perfectamente curados; á uno de ellos le habian cortado una pierna, y estaba aun muy ágil aunque no se servia de nada que hubiera podido parecerse á una pierna de palo. Aquella lepra asquerosa de cuyos estragos hemos hablado tantas veces, cubre el cuerpo de la mayor parte de los papuas: en Dorery le llaman *babara*, y *hame* en Roni.

Si el reino vegetal de la Nueva Guinea es imponente por el lujo y la pompa que lo distinguen, el reino animal es acaso mas maravilloso por el brillo con que la naturaleza ha querido adornar á la mayor parte de los seres que lo componen. Hasta ahora un velo misterioso habia ocultado á las miradas de los naturalistas aquella mágica comarca; asi es, que los mas célebres de ellos habian manifestado el mas vivo sentimiento de que no se hubiesen dirigido expediciones científicas hácia aquel punto. Nosotros no podremos hacer que desaparezca mas que una débil parte de la oscuridad que reinaba acerca de la Nueva Guinea; y

mas feliz que nosotros sin duda, algunos meses de permanencia permitirán á la expedicion del *Astrolabe*, mandada por Mr. d'Urville, darnos sobre esta rica comarca conocimientos nuevos é importantes. Las relaciones de los antiguos viajeros (1) se limitan á examinarla bajo el punto de vista hidrográfico; y aunque el viage de Sonnerat parezca haber tenido por mira la Nueva Guinea, sabido es hoy dia que no se trata en su descripcion mas que de las Molucas orientales. Forest estuvo en el abra de Dory (asi es como él escribe el nombre que nosotros escribimos Dorery) en enero de 1775, y no se separó de los pormenores de un mero itinerario. Solamente Dampier en 1642 publicó algunas descripciones de animales que llevan el sello de su acostumbrada exactitud. En cuanto á Pigafetta, compañero de Magallanes, en 1525, solamente habla de paso de los pájaros del paraíso que proceden de allí, y mas adelante, con el objeto de dar mayor interés á su historia, refiere que allí quisieron

(1) El primer descubrimiento de la Nueva Guinea ó Tierra de los Papuas, se atribuye á Antonio Ambreu y á Francisco Serrano, en 1541.

Nicolás Struick da una descripción de la costa septentrional, en 1753, sirviéndose de nombres portugueses.

El segundo descubrimiento es el de Alvaro de Saavedra, en 1527, que le dió el nombre de *Nueva Guinea*.

Antonio Urdaneta vió esta tierra en 1528.

Orthez de Rotha, enviado por Ruy Lopez de Lobos, de Tidór, en 1543, se atribuyó su descubrimiento.

Schoutten y Lemaire llegaron á ella en 1646.

Abel Tasman vió á la Nueva Guinea en 1642.

Dampier visitaba la costa Oeste en 1642.

Guillermo Funel en 1705.

Roggewin recorrió aquellos mares en 1722.

Carteret en 1766.

Bougainville en 1766.

Cook (estrecho de Torres) en 1770.

cortarles los pies. Valentin, compilando lo que es relativo á Amboino y á las islas inmediatas, no omitió reunir todas las nociones que pudo proporcionarse sobre la Nueva Guinea, y su historia de los pájaros del paraíso anuncia que tuvo á su disposición muchos documentos.

No nos ocuparemos aqui de los mamíferos, por que tendremos proporcion de volver á tratar de este asunto cuando hablemos de todos los que habitan las islas de la Oceania y de la Polinesia. No sucederá lo mismo en cuanto á los pájaros, por que la infinita variedad de sus formas y colores, la escasez de algunas especies, la alta estimacion que gozan muchas de ellas, exigen que demos mas estension al resultado de nuestras investigaciones. Los únicos pájaros ó aves de rapiña que matamos, fueron un azor de una especie nueva al que dimos el nombre de *falco longicauda*, y el águila de Pondichery con el cuerpo color de castaña y la cabeza blanca. Los gorriones, lo mismo allí que en todas partes, se presentaban en numerosas legiones, y entre ellos tuvimos ocasion de hacer mas de un descubrimiento interesante, tanto en las especies como en los géneros. Por lo tanto nos bastará citar los casicanes, los chucaries, los astrapias brillantes, las mucherolas, los breves, los corvicalaos, los zampantes, los abejarueos, cinco ó seis clases de arvelas, muchos cuervos y calaos. El calo de plumage negro y cola blanca, cuyo cuello es leonado en los machos, es el *uando* de los papuas; se alimentan con nueces moscadas y granos aromáticos, de modo que su carne contrae un sabor delicado: su vuelo es tardio y pesado, que estando á corta distancia en los bosques, se cree oír el ruido precursor de un huracán. Parece que este ruido es producido por el aire que se les introduce al volar en el fondo de dos cavidades situadas en la base de la parte inferior del pico.

Los papuas nos trajeron tan gran cantidad de pájaros del paraíso, que nos hizo creer que aquellos seres tan ricos en brillante plumage se habían multiplicado allí prodigiosamente. El manúcodio se nos presentó dos veces en nuestras cacerías y ambas veces vimos al macho y á la hembra apareados: el plumage del macho es de lo mas magnífico que puede darse, pero el de la hembra carece de hermosura. Los papuas le dan el nombre de *saya*, y se posa con preferencia en los árboles del teka, de cuyo fruto se alimenta.

Las aves del paraíso, pequeñas esmeraldas, vuelan con gracia y formando undulaciones; las plumas de los costados caen formando un penacho gracioso y aéreo que brilla en el aire como una estrella que corre. No se puede tener una idea exacta de estos volátiles por las pieles secas que preparan los papuas, porque la esmeralda cuando está viva es del tamaño de un grajo de Francia. Los naturales se han dedicado á cazarlos para hacer con ellos los adornos que hace mucho tiempo usan en forma de garzotas los rajahs mahometanos de las islas del Este y por los chinos. Este pájaro es el *mambefore* de los naturales: sus costumbres participan de las de los gallináceos, porque nos pareció que el número de hembras escedia con mucho al de los machos. Se alimenta con las frutas del teka y de una especie de higuera, y su grito no puede imitarse bien sino con las sílabas *wake wuake wuake wuake*, fuertemente articuladas. Cerca de los pájaros del paraíso se coloca el bello casican kerandren que tomamos por tipo de nuestro género *phonygama*; y observamos tambien muchas especies de arvelas nuevas, entre otras el género *symé* y la arvela de Gaudichaud. El orden de los trepadores se compone de cocales, de cacatoes, de aras microglosos, de papagayos loris y de cotorras de todos tamaños y colores. En aquellos bosques es donde viven los mega-

podos, muchas hermosas especies de palomas, entre otras el gura que los naturales llaman manbruk, la paloma de Nicombar, las tórtolas pampusan y azul verde, etc. Con frecuencia encontramos al casoar ó *emeu* de las Molucas, cuyas plumas emplean los papuas para adornar sus lanzas. A las playas acudian muchas especies de zancudos como las garzas, las cangregeras, los chorlitos reales dorados, y un solo palmipedo del género *Steru*.

El abra de Dorery es abundantísima en pescados, y en ella se encuentran los mas de los individuos de los mares de las Molucas, y particularmente los tiburones de aletas negras, el diacope macolor y otros. Los cocodrilos bicarenados, las serpientes y tupinambis pululan en los bosques. Las mariposas mas brillantes, los coleopteros mas raros se ven por todas partes. Tambien se encuentran las conchas terrestres y fluviales mas estimadas, entre otras las aurículas de Midas, las melanias y otras. Aquellos mares de aguas calientes alimentan tambien la mayor parte de los testáceos que hacen la delicia de los coleccionistas; y nos bastará citar á la suerte los cascós, los conos, las harpas, los martillos, etc.

Por esta rápida ojeada puede formarse una idea de lo interesante que seria para las ciencias naturales una exploracion minuciosa de la Nueva Guinea. Esta comarca, asi como Borneo, está destinada para enriquecer nuestras especies de las formas que dejan unos vacios en la série de los seres, tal como la conocemos. No vacilamos en creer que no sea de la Nueva Guinea de la que habló Quirós en su famosa memoria al rey de España, cuando le pintó como un nuevo El Dorado, la rica y grande isla á que dió el nombre de la *Tierra australia del Espíritu Santo*, fecunda en hermosos árboles, en animales de todas clases y muy productivas de oro.

Los papuas de las inmediaciones del abra de Dorery reconocen muchas razas distintas entre los hombres establecidos en la Nueva Guinea. Asi es que llaman *endamenos* á los habitantes de lo interior, conocidos en Europa con el nombre de *alfurus*, y se distinguen ellos mismos en *arfackis* ó montañeses, y en papuas ó ribereños. Estos últimos conservan la costumbre de llevar sueltos y enmarañados los cabellos, y los arfackis los llevan en mechones sueltos como los habitantes de Puerto Praslin, á quienes tambien imitan en la moda de llevar un pedazo de hueso ó madera en la ternilla de la nariz. En fin, algunos malayos se han introducido tambien en los lugares de las costas, y se conocen fácilmente porque se cortan el pelo y profesan groseramente los ritos de la religion musulmana. Cada tribu por lo demas vive en el mayor aislamiento con las familias vecinas, y sus relaciones casi siempre son hostiles. Un órden de cosas tan contrario al desarrollo de las facultades morales ha debido provenir del temor perpetuo que las piraterías de los malayos han inspirado en todas aquellas costas, porque se sabe que los guebeños tienen la costumbre muy antigua de frecuentar el sistema de las islas del Este inmediatas á la Nueva Guinea, para robar esclavos ó comprar los prisioneros que las tribus se hacen unas á otras. Ninguna diferencia en las formas exteriores de la organizacion, en las costumbres ó en el language, distingue á los papuas de las costas; y á pesar de esto la enemistad mas violenta los tiene divididos y les ha inspirado una antipatia tal, que, cuando dos de estas tribus se hallaban á bordo juntas, se marchaba una de las dos al momento. Numerosas pruebas tuvimos de esto cuando nos visitaron las piraguas de Roni. Este pueblo solo dista de Dorery cuatro dias de navegacion de los buques del pais, y se halla situado en el fondo del golfo de Geelwick; y ya los naturales tie-

nen proporciones mas robustas y aire mas feroz que los papuas de Dorery. Asi como los *alfurus*, á quienes designan con el nombre de *endamenos*, han adoptado la moda de ponerse un palitillo largo en la ternilla de la nariz, lo que comunica á su fisonomia un carácter extraño y repelente.

El language no puede servir para caracterizar los pueblos procedentes de la rama negra polinesiana ó papua. Una profunda barbarie los ha aislado, y cada uno de ellos ha adoptado nuevos medios de entenderse, y espresarse. Puede ser tambien que las diferencias que observamos en el modo con que ortografian las palabras depende de la imperfeccion con que percibimos para traducirlos en nuestro idioma, los sonidos guturales que la componen. Los malayos son, pues, los primeros que han trabajado para civilizar á los papuas, mezclándose con ellos; pero las nociones que les han trasmitido no han sido de naturaleza propia para producir un gran resultado, y algunas ideas sobre los medios de trabajar el hierro, y prácticas vagas del mahometismo, son los únicos frutos de sus comunicaciones. Los papuas de Dorery, asi como los habitantes de Waigiu, son en gran parte una mezcla de malayos y papuas, verdaderos mestizos análogos á los que perfectamente describieron MM. Quoy y Gaimard, que reconocian la autoridad de los rajahs, y se entregan al tráfico, particularmente el de esclavos. Generalmente son de escasa talla y aun débil, aunque se pueden citar algunos hombres robustos al parecer, y cuyas formas están ampliamente desarrolladas. Varía mucho la intensidad del color negro de la piel, y con frecuencia desaparece por efecto de la lepra que da una apariencia de blancura. El cabello es muy negro, lanudo, muy espeso y colocado en forma esférica enmarañado, lo que hace que la cabeza aparezca muy voluminosa, ó bien como en Roni lo dejan suelto for-

mando tirabuzones rojos al estremo, lo que procede sin duda del ocre con que se empolvan. Algunos papuas se atan el cabello en la coronilla formando un mechón grande, mientras que otros los dividen en dos porciones que se dejan sueltas por las megillas. La nariz es chata, pero mucho menos que la de los negros africanos: en cuanto á las ventanillas de la nariz, son largas y en sentido trasversal. La boca es grande y prominente porque los arcos dentarios son salientes, pero la barba es pequeña y redonda. Los pomulos son salientes, la frente alta y desarrollada, y los arcos superciliares guarnecidos de pelo espeso y apretado. En cambio la barba es poco fuerte, y se la cortan habitualmente, aunque algunos la conservan en el reborde del labio superior, á egemplo de algunos malayos orientales. Los que no usan del betel tienen los dientes blancos y sanos, al paso que muy pronto se echan á perder y se carian con el tal ingrediente que mascan los mas de los habitantes. Cuando la lepra no ha producido sus estragos en la epidermis de las personas jóvenes, su piel es lisa, aceitosa y por consiguiente suave al tacto. Los viejos son comunmente débiles y están cubiertos de cicatrices: su porte circunspeto, sus movimientos pausados y de autómata, su mirada impassible y llena de calma, presentan un carácter grave que destruye lo que al principio tiene de chocante su exterior.

Las mugeres entre los papuas deben poco á la naturaleza, y son mucho mas feas que sus maridos. Su sistema muscular es endeble, tienen los pechos colgones, y las facciones hombrunas, lo cual no contribuye á que agraden á la vista. Las jóvenes, aun las que apenas llegaban á la edad nubil, no tenían nada de aquella dulzura y suave candor que en todas partes es el sello de aquella época virginal; nos probaron á lo menos que eran modestas, ocultándose con pre-

mura de nuestra vista; porque sus esposos y padres llevan hasta al mayor estremo los celos musulmanes. ¿Como es que el Criador ha dado á los animales de aquellos climas tan ricos adornos, y que no haya concedido al hombre, que es su imagen viva, un esterior tan desagradable?

Todas las relaciones que se han escrito sobre los papuas los han pintado como hombres feroces, inhospitalarios, pérfidamente astutos, y en quienes es muy peligroso confiar. En este sentido se esplican algunos viajeros modernos, y citan actos de una barbarie atroz cometidos por los habitantes de las costas occidentales y meridionales. Los habitantes del abra de Dorery y sus inmediaciones, y en general los de la parte Norte hasta el cabo de Buena Esperanza, nos parecieron de un carácter suave y poco peligrosos, mas dispuestos á huir de los europeos que á tratar de hacerles daño: por nuestra parte podemos afirmar que jamás nos dieron el menor motivo de queja, aunque en nuestras escursiones sobre historia natural nos hallábamos solos en sus poblaciones en medio de los bosques, y completamente á su arbitrio. Si todos los papuas se pareciesen á los mestizos, entre quienes vivimos, seria muy quimérica la opinion que se ha formado de ellos; pero es necesario decir que los del Sur de la Nueva Guinea que no tienen mezcla de sangre estraña, mas aguerridos y confiados en su bravura natural, han conservado su independencia y sus costumbres agrestes é incultas. El estado de perpétua hostilidad en que viven hace que su carácter sea desconfiado y sospechoso. Jamás visitamos una poblacion con una embarcacion tripulada con cierto número de hombres, sin que mugeres, niños y ancianos no huyesen llevándose consigo sus muebles y efectos mas preciosos. Diez veces cada dia, á la menor alarma, nos daban escenas de aquellas mudanzas

intempestivas, á que por otra parte parecia que estaban muy acostumbrados. Nuestro buen manejo, nuestros regalos, consiguieron seducirlos y calmar su inquietud: llegamos á ser verdaderos amigos; nos enseñaban con agrado el interior de las casas y cuanto podíamos desear, excepto la habitacion de las mugeres. Pero la perseverancia unida á una poca de habilidad y acompañada de la oportunidad de los regalos, nos hizo al fin triunfar, á despecho de Mahoma y de sus leyes, del interdicto en que gemian las reclusas: por su retrato se puede preuzgar qué triste opinion tenian los papuas de nuestro gusto.

Las familias establecidas en el circuito del abra de Dorery no acababan nunca los elogios que se daban con complacencia (*orangs di Dorei banguse*). Los hombres de Dorery son escelentes; pero en desquite y por compensacion, nos decian todo el mal posible de los *arfackis* y nos pintaban á los *alfurus endamenos* como hombres muy malos, que se ocultaban en los matorrales para tirar flechas envenenadas y cortar las cabezas á sus enemigos. No debe tomarse esta relacion al pie de la letra, aunque contenga algo de verdad. Una embarcacion bien armada que se espidió de la corbeta para levantar el plano de la costa, vió en todaspartes que los *arfackis* eran tímidos, irresolutos, y que huian cuanto podian cuando se acercaban, sin que bastasen las señales de paz que los marineros les hacian para disponerlos á tener comunicaciones amistosas. Pero este miedo tan grande procede sin duda alguna de los frecuentes desembarcos que hacen los corocoros malayos en aquellas costas para hacer prisioneros que venden luego en las Molucas. Los endamenos, dispersados en familias numerosas en lugares cercados de empalizadas y construidos sobre pies derechos, son terribles para los papuas del Norte que no se han atrevido á avanzar al Sur, y contra

los cuales hacen frecuentes expediciones. Aquellos endamenos se pintan el cuerpo con polvos rojos y blancos, y se atraviesan el tabique de la nariz con un palillo.

La poblacion de la costa oriental de la Nueva Guinea debe ser de poca consideracion. La del abra de Dorery no pasa de doscientos á doscientos cincuenta individuos, repartidos en tres lugarejos compuestos de sesenta cabañas á lo mas. Esta pequeña poblacion depende del sultan de Emberbakene, y está gobernada por un capitan que nos hizo visita. Era este un hombre pequeño, débil, sin influencia sobre los habitantes, y que podria bien haber desempeñado el papel de capitan á fin de mendigar regalos para su verdadero gefe, que segun la estremada prudencia de aquellos pueblos, habria podido muy bien no presentarse de miedo de que no tratasen de llevarse, como lo han hecho los holandeses con frecuencia. La proteccion que obtienen los habitantes del sultan que los gobierna se consigue con los tributos que le pagan en pajaros del paraiso y producciones del pais: deben apoyarle en las guerras que emprende, y pedirle socorro cuando se ven atacados. El gefe que gobernaba en 1824 se llamaba *Fresinuku*, y tomaba el titulo de *korano*. Delega su poder á oficiales subalternos divididos en muchas clases.

Cuanto mas se avanza al Sur de la Nueva Guinea tanto mas se multiplican las poblaciones; porque se cuentan diez y seis solamente desde Roni: y se llaman: *Sihanuse, Uari, Kasol, Munarbuke, Mana, Angar, Losuari, Uameser, Uarapene, Uareapi, Kaboo, Ramike, Lasier, Uasiore, Kaibi y Dotiré*.

Las habitaciones de los papuas ribereños y marítimos están construidas sobre el agua, en los rios, ó en playas abrigadas de las olas de la alta mar. ¿Será